

Candaya Narrativa, 42

UNA CANCIÓN DE BOB DYLAN
EN LA AGENDA DE MI MADRE

Diseño de la colección: Francesc Fernández
Imagen de la cubierta: Francesc Fernández

© Sergio Galarza

Primera edición: marzo de 2017

© Editorial Candaya S.L.
Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles
08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)
candaya@candaya.com / www.candaya.com
facebook.com/edcandaya

BIC: FA
ISBN: 978-84-15934-33-2
Depósito Legal: B 5782-2017

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

— | | —

SERGIO GALARZA

UNA CANCIÓN DE BOB DYLAN
EN LA AGENDA DE MI MADRE

EDITORIAL CANDAYA

— | | —

— |

| —

— |

| —

*Cumple tu condena
hasta la eternidad*
The Feelies

— |

| —

— |

| —



Primera parte
Malas noticias para la primavera



— |

| —

— |

| —

Aquella tarde de primavera, luminosa y asfixiante, mi equipo de fútbol perdía por dos goles, y ambos habían sido culpa mía. Durante la madrugada había chateado con mi hermana Lupe que vive en Seattle, confirmando la peor sospecha: a nuestra madre, mi vieja, como ella aceptaba a regañadientes que la llamara en una demostración de afecto bruto, no le quedaba mucho tiempo. El cáncer estaba generalizado. Y generalizado significaba que se había extendido hacia otros órganos del cuerpo, lo que se llama metástasis, sinónimo de fin. Un montón de pensamientos cruzaban por mi cabeza, pero se me escapaban como los balones que llegaban a mis pies. Me gobernaba la impotencia de no tener el control, dentro y fuera de la cancha, o donde diablos estuviera, porque en ese momento todo me parecía tan irreal, vaporoso, como si me hubiera quedado atrapado en el entresueño. Tenía la impresión de correr en cámara lenta. Miraba hacia la grada, al banco de suplentes, y repasaba la cantidad de partidos en que la voz de mi vieja había resonado como el grito del hincha que quiere entrar al campo para salvar a su equipo.

– “¡Vamos, cholo!”.

¿Había algo que yo pudiera hacer de verdad para salvarla a ella? De pronto, después de varios años viviendo en otro país, me preocupaba que el tiempo no alcanzara para sentarnos a conversar cara a cara, y pedirle perdón por mi indiferencia, por escribirle sólo cuando necesitaba dinero u otro favor, de-

circle lo importante que había sido su apoyo a mi vocación de escritor, admitir que cada vez que pensaba rendirme recordaba la fortaleza y terquedad que tuvo para mantener unida a nuestra familia, confesarle que esos cortes en el brazo me los hice yo mismo una noche de tantas en la que perdí la cabeza y que al regresar a la realidad lo primero que pensé fue cómo ocultaría mi traición a sus enseñanzas. ¿Por qué siempre intento arreglar las cosas cuando ya no hay oportunidad?

Si quieres saber de mi vida / Vete a mirar al mar. Lo escribió el poeta peruano Martín Adán y son los versos que me repetía al preguntarme qué hacía en esta ciudad sin mar, lejos de mi familia. Llevaba una temporada muy irregular en lo personal y, como en otras ocasiones, pronosticaba larguísimos fines de semana en casa sin hacer nada. Porque cuando me atrapa la tristeza me vuelvo un inútil. Y la tristeza era una ola de diez metros que me sepultaba cada noche desde que mi vieja enfermara.

A mi vieja también la sepultaba la tristeza cuando descubría mis mentiras y se veía obligada a dar la cara en el colegio por mis malas notas o alguna pelea. “No hay nada oculto bajo el sol”. Era una de sus frases aleccionadoras. Ella esperaba que le contara todo sin temor a un castigo, que siguiera siendo aquel niño de ocho años con peinado en forma de canasta que le confesó en la piscina del club Chama que le gustaban dos hermanas pero no se decidía por ninguna. Me imagino que a una madre le gustaría que sus hijos nadaran siempre en un cauce de inocencia y sinceridad, pero al llegar a la adolescencia elegí ese otro río turbio y rebelde del que ella siempre trató de advertirme que me arrastraría hasta una catarata mortal. En ese río se ahogaban los fumones del barrio que zanganeaban el día entero. Su base de operaciones era la cancha de fútbol al lado de la parroquia del barrio. Yo los

conocía de vista y con alguno había peloteado. En mi familia había una fijación extrema con la droga que yo no llegaba a comprender de qué pasado nacía.

Mi vieja había sido desde pequeña un ejemplo de sensatez y disciplina, una adicta al orden. Cuando contaba sus anécdotas de juventud, en las que todo sucedía a una velocidad prudente, yo detectaba una intención adoctrinadora, y eso me sublevaba. Para mí, había que vivir pisando el acelerador. Sus anécdotas eran fiestas entre amigos en las que a una chica se le había roto un tacón, a otra se le había corrido la media, o un chico se había emborrachado por desamor y había terminado bailando con las cortinas. No había ninguna necesidad de una experiencia transgresora para pasarlo bien. Transgredir representaba buscar problemas y ésa no era una forma de diversión, era un sinsentido. ¿Qué encanto podía despertar en un joven ser detenido por fumar yerba en un parque o conducir ebrio de noche? ¿Qué necesidad había de exponerse de esa manera?, eran la preguntas de mi vieja.

Yo no quería parecerme a ella. Por las noches soñaba con construir mi propia leyenda, a golpes si era posible. Buscaba todos los peligros que estuvieran a mi alcance. Mi rebeldía competía con la candidez de quien empieza a descubrir un mundo más allá de su barrio. A los catorce años, harto de escuchar a un par de matones de mi clase pavonearse por haber perdido la virginidad con las empleadas de su casa y burlarse de mí porque no sabía ni hacerme una paja, contraté a dos prostitutas con ellos. Faltamos al colegio y nos juntamos en la puerta de Urgencias de una clínica cercana. Tomamos un micro hasta el departamento del padre del matón más pequeño que estaba de viaje y antes de llegar compramos cigarros, una caja de cartón de vino y condones. Conseguimos el número de las prostitutas buscando en los avisos clasificados de El

Comercio y como el dinero sólo nos alcanzaba para dos la regimos para ver quién tendría que esperar su turno.

La media hermana del matón pequeño llegó justo cuando las prostitutas se iban y, aunque prometió no decir nada a cambio de unos cigarros, se chivó con el padre, que a su vez llamó a mi vieja para contárselo. Mi vieja, como era su costumbre, se sentó en mi cama y me preguntó, aguantando la desesperación, por qué me dejaba influenciar, qué apuro tenía en crecer. Ésa era su costumbre, sentarse a conversar conmigo y preguntarme por qué me dejaba influenciar. Me jodía que me tratara como a una piedra que es arrastrada por la corriente, que no me creyera capaz de ser el autor de mi propio plan para cachar. Pensaba así entonces, pero ahora creo que mi vieja buscaba engañarse al subestimarme, quería creer que su hijo no era una bestia entregada al matadero. Aquella vez callé como siempre en su interrogatorio. Y seguiría callando los siguientes años, sumergido en la corriente salvaje de ese río al que me había tirado de cabeza.

Según pasaba el tiempo, en vez de cambiar de estrategia, mi vieja insistía en sentarse a conversar después de descubrir que le había robado dinero o que mis notas eran lamentables. Cuando discutíamos ella lloraba de rabia, decepcionada, y mi piel se endurecía. Odiaba su llanto, pero no quería dar mi brazo a torcer. Para mí era una lucha contra el poder que mi vieja representaba: la dictadura de los adultos, ese sol bajo el que ni siquiera el diablo se hubiera podido ocultar. Yo, el hijo, me veía a mí mismo como un oprimido. Eso coronaba mi rebelión con un aura heroica. Y alardeaba frente a mis compañeros de colegio de que en mi casa hacía lo que se me pegaba la gana.

¿Por qué, en cambio, no me rebelaba contra mi papá?

Porque era mi vieja la que llevaba los pantalones en la casa.